

Horizontes de la Cultura

FERAOUM, UN SIMBOLO

por DIEGO MIRAN

"Los hombres que han matado a Mulud Feraoum o que se han alegrado de su muerte no pueden ya ser mis hermanos y yo no puedo ni conocerlos. Hubo un tiempo en q' compartí con ellos los bienes de la tierra y del cielo, pero eso no se reproducirá jamás. No hemos salido del vientre de la misma madre". Tales son las palabras con las que Jules Roy, autor del conmovedor libro "La Guerra de Argelia", condena el asesinato de uno de los más importantes escritores argelinos de lengua francesa, cometido por la OES apenas tres meses antes del referendun de la autodeterminación que independizó a esa nación norafricana del dominio de París. Feraoum estaba el 15 de marzo de este año reunido con cinco escritores jóvenes franceses, realizando un diálogo cuyo objetivo era sentar las bases de las relaciones culturales entre la nueva patria árabe y la metrópoli europea, unidas por vínculos estrechos e indisolubles, de los cuales la lengua no es el menor. Contra este intercambio inteligente irrumpió en la cita la fuerza bruta de los fascistas que dejaron ahí, en el local de uno de los Centros Sociales, seis cadáveres: el de los cinco intelectuales franceses y el del novelista argelino.

Mulud Feraoum, nacido en la Alta Kabylia hace 51 años, dentro de una familia campesina, llegó a la cultura por simple azar. Sus maestros, que reconocieron en él el talento, obtuvieron una beca para que se dedicara a la pedagogía. Fue maestro y luego instructor en los Centros Sociales que, en 1955, fundara Germaine Tillion de acuerdo con la Unesco. Su primera novela (1953) se titulaba "La tierra y la sangre". A ella le siguió una autobiografía: "El hijo del pobre" (1954), y otra narración larga: "Los caminos ascendentes" (1957). En estos libros trató que retratar la vida de sus hermanos de raza y sufrimiento, sin segregar, en sus líricas páginas, odio alguno contra los colonizadores. Más bien, vindicaba el derecho de su pueblo a rescatar la libertad para fundar la paz con todos los hombres, aun con aquellos que actuaban en sus tierras natales como enemigos. Fue amigo de Camus y de Emmanuel Robles — argelinos franceses—, con los cuales más de una vez se empeñó en buscar una salida al "impasse" que costara tan larga y sangrienta contienda. Cuando sólo faltaban unos días para la consumación de su gran ideal libertario, y cuando se preparaba para que, vadeado el abismo, de la controversia, Argelia y Francia trabajaran juntas por la cultura, la vida le fue criminalmente arrebatada.

Se le ha comparado, por esto, con Federico García Lorca. Ambos murieron en el fragor de una guerra y ambos luchando contra la tempestad del odio. De tal manera que sus personas y sus obras adquieren, a partir de su calidad creadora, un carácter simbólico. Tan mártires como los miles de anónimos héroes que cayeron en las acciones bélicas y las escaramuzas, o los que fueron abatidos por el atentado ciego y brutal, representan por su preeminencia intelectual a la totalidad de los sacrificados en la causa noble de los derechos humanos. Decir un verso de Lorca, repetir una página de Feraoum, es cantar a la paz, es recordar el terrible precio que la humanidad viene pagando por ella.

"Las armas que han tirado sobre estos justos siguen apuntando —advierte Robles— sobre todos nosotros, y no solamente sobre nuestras vidas sino sobre lo que vale más que nuestras vidas". En efecto, la amenaza no ha cesado: si en Argelia triunfó la verdad, en otras latitudes del mundo renace la bestia que no quiere abandonar sus privilegios. Se disfraz a con la piel del cordero, apela a las grandes palabras, trata de remover en el fondo de los corazones cándidos los mitos decrepitos. Que el nombre de Mulud Feraoum, unido al de tantos otros pensadores segados por no haber callado, sirva como consigna para derrotar, aquí y allá y en todas partes, al enemigo del hombre y su anhelo de vivir solidaria y universalmente.

